

LA VIDA MENOR
Diego de Ávila
TXT MENOR, 5/2018

Enmudezco con cuidado,
para tomar medidas a la fuerza.
Un sanatorio de ajíes le da sombra
a un pájaro muerto de hambre.
Él limpia su estómago con semillas de uva.
Yo lo veo todo mientras corto un churrasco
junto a la
madre de un hijo,
el bueno,
y mi otro hijo,
el indiferente,
y pienso lentamente en lo que hago;
acaso lo estoy haciendo bien,
como nadar,
como hacer ejercicios de mañana,
o cualquier otra cosa de soltero.
Mido exactamente lo mismo
que el muro que levanté junto a la estufa,
y tengo tanto calor
en este veranillo
que me dan ganas de meterme
en la boca los dos últimos tomates de la quinta.
Mi hijo los necesita para crecer.
Mi otro hijo los prepara con aceite y se los come.
Mi esposa sonríe complacida

ante todo esto y yo de pronto
quiero salir a buscar mi cámara de fotos en un galpón sucio y deshabitado con carabinas
y películas porno.

Baja la tarde.

Se me puede ver con la cámara
de fotos sumido en la oscuridad, desorientado
en la página más divertida de un álbum de figuritas.

Y luego se cuele la diapositiva
de una piscina pública.

Como si me hubiese

ido a nadar. No estoy tratando de distraer a nadie,
los hechos están sobre la mesa.

Uso el silencio de la quinta para oír crecer las cosas,
y los ojos se me llenan

de pasto y otras porquerías de los pensamientos.

Pero sigo sin hablar. Sólo abro la boca.